

recibir. Pero lo sabroso del capítulo radica en el esclavo Braulio, a quien el señor Costa le hace vestir el uniforme de sargento de Pardos y Morenos, regimiento que en aquel momento aun no había sido creado. Me habría sido muy grato saber en qué documento se basa el señor Costa, para sostener que los Pardos y Morenos llevaban alamares, pues me precio de poseer la mejor y más completa iconografía de la época, de los uniformes, de los batallones y regimientos creados a raíz de la reconquista y confieso que el modelo que suministra de « pardo » y el de « moreno » no señala nada de alamares (1).

El sexto capítulo se intitula *La reconquista*, y el séptimo *Gloria y bodas*; en ambos se resumen respectivamente la Reconquista y la Defensa, intercalando la figura del negro Braulio.

Como podrá apreciarse, el libro del señor Costa necesitaría una larga fe de erratas como apéndice, pero creo que lo que antecede basta para que el lector pueda formarse un criterio sobre dicha producción.

Juan Canter.

Aldea española, de FERNÁNDEZ MORENO. Buenos Aires, 1925.

Si el erudito escritor don Enrique Mendez Calzada no hubiera dicho, a propósito de Fernández Moreno (2), que « significa el repudio del culto servil a las viejas formas poéticas que torturan, esclavizan y anquilosan la idea, significa el advenimiento de un culto nuevo que es el de la sencillez en la expresión, significa, en una palabra, la guerra al rípio y al lugar común » esta crónica no hubiera sido escrita.

Sospechamos que el señor Calzada no ha encontrado elogio en su imaginación fecunda, sin sentir el deseo de endilgarlo al poeta porteño. No es que dudemos de las singulares dotes, del talento y del amor filial del señor Fernández Moreno, sino que nuestros ojos no pueden ver en él ni un *movimiento contra el rípio y el lugar común*, ni un revolucionario de la forma, ni un temible enemigo de la vulgaridad en las ideas.

Fernández Moreno da la impresión permanente de una gran promesa lírica, parece que preparara de continuo las alas para un largo vuelo, que no rea-

(1) El presente documento que obra en mi poder, lleva el siguiente título: *Plan que demuestra los tercios voluntarios así de caballería como de infantería que se han uniformado a costa del público para defensa del rey y de la patria.*

(2) *Nosotros*, página 298, julio de 1926.

liza nunca. A veces se eleva, pero como si la línea del horizonte que se agranda atemorizara su alma y contuviera sus nervios, desciende de nuevo a la tierra para poner en verso la prosa cotidiana.

Estrechez de espíritu es el pensar que hay motivos poéticos y otros no poéticos, pero no puede negarse que existen *estados* especiales que no lo pueden ser nunca.

Cuando el artista trasplanta las cosas y los seres al imperio del arte lo hace en función de un acto cualquiera.

Estos *actos* pueden ser o no triviales. El artista debe saber elegir el momento en que el objeto se presenta como original y característico, es decir, como posibilidad estética. El señor Fernández Moreno nos da la realidad sintetizada, pero no seleccionada. Posee una retina clara e inteligente para ver en las cosas el relieve, pero se equivoca a menudo respecto de lo interesante y de lo discreto.

Quien quiera una revelación lea *Aldea española*, su último libro, donde encontrará el talento, el mal gusto y la exactitud, un poco biológica, del médico poeta.

Mala defensa le hace el señor Calzada, al decir que Fernández Moreno componía a veces por diversión, como si se propusiera *braver le monde*.

Cuando se ha adquirido cierta nombradía, cuando el público le ha dispensado una generosa atención y cuando se tiene admiradores de la calidad del señor Calzada, se debe al público cierto respeto. Burlarse de él, equivale a una desconsideración para consigo mismo, ya que es el público el que lo consagró y el que se afana y se codea delante de los escaparates para adquirir sus obras.

Si el señor Fernández Moreno pretendió «inducir en asombro y en desconcierto a los papanatas», sería el caso de pensar en el calificativo que corresponde a sus admiradores incondicionales. Tarea para la cual, resulta peligroso considerarse apto.

Mientras otros se encargan de buscar en su vocabulario la justa palabra, nosotros podemos ir restituyendo a Fernández Moreno a sus dimensiones naturales, sin ver en él ni un genio, ni un cirujano que versifica detrás de las recetas.

Es nada más que un descriptista de buen humor, que a veces peca de mal gusto y de prosaísmo, pero a quien nadie puede negar una exactitud casi fotográfica. Véase sino en :

ESCUELA

Desde el alto pupitre que la escena domina,
bajo una oleografía de la Reina Regente,
— Alfonso está a su lado muy serio de teniente —
perera el viejo maestro de nariz aquilina.

Está explicando un punto muy grave de doctrina,
mañana viene el cura y hay que estar al corriente,
y mientras sube y baja su nariz barto saliente
blande en la mano diestra recta vara muy fina.

De pronto una bolilla de papel en remojo
al dómene solemne casi le salta un ojo...
Gime toda la clase condenada a palmeta.

Silva con pedagógica furia la de avellano
y en tanto cae sonora sobre una y otra mano,
tiemblo tras una muestra que dice: « Iturzaeta ».

Léanse las cuatro composiciones de *Retablo* entre las cuales transcribimos
— al azar — *El alcalde* :

Este que labra sus hazas de tierra
y cuida sus ganados la semana,
que luce los domingos y las fiestas
un terno negro, una camisa blanca,
un sombrero grandísimo,
unas botas herradas...
es el señor alcalde.
Y una rúbrica lenta y complicada.

Lástima es que la exactitud y el humorismo le lleve a veces — ¡ tantas ! —
a lamentables excesos; que después de una docena de versos muy buenos, nos
endilgue, como en *Frailucos*, una comparación de pésimo gusto y de un anti-
clericalismo grosero y vulgar.

Pero estábamos hablando de las buenas cualidades de Fernández Moreno.
¡ Cuán mezcladas, confusas y maltrechas andarán ellas, que no podemos men-
tarlas sin que nos venga a la pluma algún indiscreto *pero!*

Pecaríamos de injustos si no alabáramos la sencillez de su verso, tanto más
loable cuando usa a menudo la forma arcaica y artificiosa del soneto, que pare-
cería prestarse poco para su manera, pero al cual domina con gran destreza y
con rara habilidad.

No se diga que no vemos en Moreno un hijo ejemplar, un médico bondadoso
y un poeta de « tono menor », al cual contemplamos sin los ojos de alinde de la
amistad personal.

Eduardo R. Vaccaro.

Manual de historia de la literatura española, por JAMES FITZMAURICE-KELLY.

La biblioteca argentina « Babel » acaba de publicar el *Manual de historia de
la literatura española*, de J. Fitzmaurice-Kelly, traducido por don Baldomero
Sanín. Por tratarse de una obra de interés para los estudiantes, reproducimos
a continuación el prólogo del señor Sanín Cano :